

de la lengua y por la protesta exterior de las obras (1). ¡Dichoso el verdadero católico que mira á Jesucristo crucificado como á su Redentor, su delicia, su reconciliacion, su salud, su gracia, su consolador, su maestro, su médico, su abogado! ¡Dichoso el que se pasea y se detiene á menudo en el Calvario, hace de la cruz el objeto ordinario de sus piadosos ejercicios, en la vida se abraza á la cruz por la esperanza, y en el supremo momento, en ese momento sometido á tantos azares imprevistos, tenga el tiempo, la libertad, la fuerza de reconocer y de abrazar esa cruz, contemplando grave y profundamente con su corazon el conmovedor espectáculo que le ofrece!

Sí, dichoso, porque no queda engañado, confundido, no perece; sino que despues de haber pasado la vida, que está medida por el tiempo, pasa á la vida gloriosa de la eternidad: *Exaltari oportet filium hominis; ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (2).

(1) Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem. (Rom., x.)

(2) Once años despues de la cuaresma predicada en el Vaticano, el Padre Ventura murió en Versalles. Los testigos de su larga agonía, los humildes discípulos de San Francisco, que no le abandonaron un instante, pueden decir con qué confianza contemplaba la imágen de Jesus crucificado, con qué fervor la estrechaba contra su pecho, con qué ternura la besaba, con qué amor la invocaba, con qué dulzura pronunciaba su nombre.

## TRIGÉSIMA SEGUNDA HOMILÍA.

### EL TEMPLO LEVANTADO,

#### Ó LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

*Solvite templum hoc et in tribus diebus excitabo illud. Ille autem dicebat de templo corporis sui. (JOAN., II.)*

Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Mas Él habla del templo de su cuerpo.

Las cosas han sucedido exactamente como el Señor las habia predicho por las palabras que acabais de oír. El templo místico del santísimo cuerpo del Salvador habia sido derribado, terraplenado, como destruido por la muerte cruel que le habian hecho sufrir los judíos. Al resucitarlo el tercer dia, el Salvador lo habia como reconstruido, levantado en un instante, ornado de una nueva belleza, de nueva gracia, de nueva gloria, de nueva majestad, de nueva magnificencia.

¡Admirable y gran prodigio! ¡Prodigio enteramente nuevo en la historia de la humanidad, por el cual el Redentor del mundo, muerto realmente por su propia permision, por su propia voluntad, se resucita por su propio poder al tercer dia! ¡Prodigio singular y único, exclusivamente propio á ese solo Hijo de la Mujer, que al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero Hombre, ha sido realmente el Hombre único y singular en su paso por la tierra! *Singulariter sum ego donec transeam* (1).

¡Oh prodigio! ¡Oh misterio, cuya grandeza puede admirarse

(1) *Psalm. CXL.* Menester es confesar que la interpretacion dada aquí al pasaje del Salmo está poco conforme con el sentido del texto hebreico. (Nota del Traductor.)



con más facilidad que discurrir sobre él; misterio más fácil de adorar que de explicar, de bendecir á Dios que de hablar de él á los hombres!

Pero ya que para responder á vuestra piedad es menester decir algo de este misterio, y puesto que me acuerdo haberos indicado otra vez las circunstancias principales de la magnificencia con que fué predicho, de la gloria con que fué cumplido, de la gracia con que fué proclamado (1), lo consideraremos hoy en la parábola del templo derribado y levantado, bajo la cual quiso figurarlo el Señor. Veamos por qué Jesucristo ha llamado *templo* á su cuerpo purísimo, y cómo este templo ha sido levantado en la resurrección; veamos también cómo al levantar este templo místico de su cuerpo, el Señor ha asegurado al mismo tiempo la reedificación del templo místico de nuestro cuerpo, y con qué condiciones podremos participar de este beneficio, á fin de que la memoria de un misterio tan grande sea, no solamente un motivo de santa *exaltación* para nuestra fe, sino también una regla para la conducta de nuestra vida.

PRIMER PUNTO. ¿Por qué razón el Señor la primera vez que predijo su resurrección, lo hizo envolviendo su profecía bajo la parábola del templo que por Él debía ser levantado? ¿Por qué emplear este lenguaje alegórico que en el tribunal de Caifás le fué imputado como un crimen y motivó su condenación? «Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres días» (2). Y en fin, cuando fué clavado á la cruz le echaron en cara estas palabras con demostraciones de burla sacrilega y de amargo insulto: «Tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á Ti mismo» (3).

Pero antes de responder á esto, observemos que si los judíos abusaron de esta magnífica profecía, no fué porque estuviese oscura, sino porque su corazón era pérfido é injusto. Y en efecto, Jesucristo no había dicho, como declararon los falsos testigos: «Puedo destruir el templo de Dios», sino solamente: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.» Y aquí debe no-

(1) v. *Conferencias y Sermones*, edición de 1862.

(2) Hic dixit: Possum destruere templum Dei post triduum reedificare illud. (*Matth.*, xxvi.)

(3) Vah! qui destruis templum Dei et in triduo illud reedificas, salva temetipsum. (*Matth.*, xxvi.)

tarse que el Señor no empleó la palabra *reedificar*, sino levantar, ó más literalmente aún, *disolver* y *hacer revivir*; y con estas palabras que significan un cuerpo animado y un templo vivo y alegórico, palabras que acompañó de un movimiento de la mano que acercó á su pecho, dió claramente á entender, dice San Jerónimo, que hablaba del templo de su cuerpo sagrado (1).

En cuanto al motivo porque el Señor quiso producir el gran misterio de su resurrección bajo la alegoría del templo levantado, diré que se presentó naturalmente por la circunstancia del tiempo y del lugar mismo donde fué hecha la predicción. En efecto, aquel día, por la primera vez desde el principio de su vida pública, había entrado en el templo, y al ver el comercio que allí se hacía, las usuras y las profanaciones que se cometían, animado de un santo celo, había azotado y dispersado á la turba insolente de profanadores sacrilegos: ¡Salid de aquí, les decía, hombres indignos que habeis convertido el templo, la casa de mi Padre, en caverna de ladrones! En aquel momento fué cuando los sacerdotes, los escribas y los doctores judíos se le presentaron, diciéndole: ¿Con qué autoridad haces eso? ¿Con qué derecho llamas tu Padre al Dios adorado en el templo? ¿Qué signo nos muestras para probarnos que has recibido del cielo el poder de hacer lo que haces y decir lo que dices? (2) Entónces respondió el Señor: «Hé aquí el signo que me pedis: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (3).

¡Cuánta sabiduría en esta respuesta! ¡Cuánta majestad, cuánta grandeza en estas simples palabras! Según los Santos Padres y los intérpretes, pueden traducirse así:

«En vuestra temeraria audacia, pretendéis atentar contra mi vida; pero no lo haréis sino porque desde ahora os doy permiso para ello: vuestra voluntad criminal, vuestro odio homicida, no puede prevalecer contra Mí sino consintiendo Yo que prevalezca. Pero si no podeis crucificarme sin mi voluntad, Yo, al contrario, sin vuestro concurso y á despecho vuestro, puedo por mi solo

(1) Dominus autem ut ostenderet vivum animal et spirans templum non dixerat: destruo et reedificabo; sed solvite et excitabo. (*S. Hieron.*)

(2) Dixerunt ergo ei Judæi: Quod signum ostendis nobis, quia hæc facis? (*Joan.*, iii.)

(3) Respondit Jesus: Solvite templum hoc, et tribus diebus excitabo illud. (*Ibid.*)



poder y por Mí mismo resucitarme. ¡Me preguntais con qué derecho, con qué autoridad castigo á los profanadores del templo de Dios! Y Yo os respondo: Porque ese templo me pertenece, es mi casa, como pertenece á Dios y es la casa de Dios. Ahora hé aquí la prueba de mi origen celeste, de mi filiacion divina: crucificado y muerto por vosotros, sabré resucitarme Yo mismo y librar de vuestras manos el templo sagrado de mi cuerpo, así como ahora purgo el templo inanimado de vuestras profanaciones y execraciones.»

Otra vez los judíos pidieron al Señor un prodigio en prueba de calidad de Mesías y de verdadero Salvador del mundo, y les respondió: «La generacion mala y adulterina, señal pide; más no le será dada señal, sino la señal de Jonas el profeta. Porque así como Jonas estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazon de la tierra» (1).

La resurreccion del Señor es, pues, á juicio del Señor mismo, el prodigio de los prodigios, la prueba de las pruebas, el testimonio de los testimonios para demostrar de la manera más incontestable, más auténtica, más solemne, la legitimidad de la mision de Jesucristo, la santidad de su vida, la verdad de su doctrina, la gloria de su divinidad. Y en efecto, en presencia de ese gran milagro, que los judíos, ganando á fuerza de oro á los guardas del sepulcro, pudieron ocultar, pero no negar; en presencia de ese gran milagro, digo, se vieron obligados á reconocer á Jesucristo por Dios y Mesías, por más que no quisiesen creerlo. Este gran milagro hizo inexcusable su ignorancia, descubrió su perfidia, humilló su orgullo, refutó sus blasfemias, condenó su obstinacion y confundió su incredulidad. Por otra parte, este gran milagro ha hecho aceptar la fe, ha confirmado el Cristianismo, ha fundado la Iglesia, autentizado el Evangelio, ha sido la enseñanza de los simples, ha convertido á los infieles, ha santificado al pecador, ha consolado al justo, ha abierto el cielo, ha elevado la condicion de la humanidad, ha cam-

(1) Generatio mala et adultera signum quærit et signum non dabitur ei nisi signum Jonæ prophetæ. Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius hominis in corde terræ tribus diebus et tribus noctibus. (*Matth.*, XII.)

biado la faz del universo! ¡Bendito, pues, el tiempo, la hora, el dia en que se operó este gran milagro!

Pero todo esto corresponde á la interpretacion literal de la profecia del Señor. En cuanto á la interpretacion alegórica y espiritual, nada más verdadero, nada más justo, más razonable, más exacto, más augusto, más sublime, más profundo y á la vez más tierno y bello, que la idea que el Señor nos ha dado de su cuerpo santísimo, llamándole templo: *Solvite templo hoc!*

En efecto, aunque por su inmensidad está Dios en todas partes, se encuentra de una manera especial en el templo; el templo es particularmente la casa, la mansión de Dios (1). El templo, como Él mismo lo ha declarado, es el lugar donde fija sus miradas y abre su corazon (2). En Jesucristo, conjuntamente con la persona del Verbo, estaba tambien el Padre, puesto que ha dicho: «Yo estoy en mi Padre, y mi Padre está en Mí» (3). Luego en esta santa Humanidad, segun la expresion de San Pablo, la plenitud de la Divinidad habitaba, no solamente de una manera mística y espiritual como el templo de Jerusalem, sino de una manera real y corporal (4).

En segundo lugar, el templo es particularmente el lugar donde Dios es reconocido por la confesion de la fe, invocado por la oracion, honrado por la adoracion, apaciguado por el sacrificio. Así, pues, en el cuerpo de Jesucristo su alma bendita, unida sustancialmente á la persona del Verbo, como dice San Pablo (5), no cesó desde el instante en que entró en este mundo hasta que salió, de ofrecer continuamente al divino Padre adoraciones y sacrificios, por la humildad de su espíritu, por la caridad de su corazon, por actos de una entera sujecion, de una obediencia universal, de una conformidad perfecta á las voluntades del Padre, de una ofrenda fiel, continua, incesante de Sí mismo hasta en la muerte en la cruz (6), en reconocimiento de la majestad suprema de Dios tan desconocida de los hombres, y en

(1) Dominus in templo suo. (*Ps.* x.)

(2) Et permaneant oculi mei et cor meum ibi. (*II, Par.*, VIII.)

(3) Ego in Patre et Pater in me est. (*Joan.*, XIV.)

(4) In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. (*Colosenses*, II.)

(5) Ingrediens mundum. (*Hebr.*, x.)

(6) Factus obediens usque ad mortem. (*Philipp.*, II.)



calidad de Víctima de su justicia. ¡ Oh ! ¡ Cuánta no sería la fuerza, la eficacia de estas oraciones, de estas adoraciones, de estas ofrendas, de estos sacrificios ! Así como el templo de Jerusalem no fué querido de Dios sino como figura del cuerpo de Jesucristo, verdadero templo, templo vivo donde la Divinidad debía realmente habitar; así también las ofrendas, las adoraciones, los sacrificios presentados á Dios no le fueron agradables sino en tanto que figurasen las adoraciones, las oraciones, los sacrificios que Dios debía recibir un día de Jesucristo en el templo de su cuerpo (1). Este cuerpo sagrado fué, pues, el verdadero templo de Dios, donde solo Dios ha sido adorado y reconocido por el gran Dios que es; donde ha recibido un culto verdadero en espíritu y en verdad, un culto perfecto, un culto de un valor, de un mérito, de una excelencia infinita; donde ha sido honrado de una manera digna, conveniente, conforme á su infinita majestad, á su grandeza, á su santidad, á su gloria infinita.

En tercer lugar, en el templo el sacerdote, no solamente rinde culto á Dios, sino que hace descender su misericordia sobre los hombres. Y esto precisamente es lo que Jesucristo no cesó de hacer en su cuerpo sagrado mientras estuvo en la tierra. Ofreció continuas súplicas y oraciones, acompañadas de actos de humildad interior, de lágrimas salidas del corazón por la salud de los hombres (2). Sacerdote santo, inocente, inmaculado, separado de la masa culpable de los hijos de Adán, no tenía necesidad, como los demás sacerdotes, de pedir gracia para Sí antes de interceder por el pueblo (3). También todas las oraciones y súplicas que sin cesar dirigía á su Padre en el templo augusto de la Humanidad que había tomado entre nosotros, eran en nuestro nombre y por nuestra utilidad; y por todos estos actos interiores de su humildad, de su obediencia, de su deseo, de su inmolación por nosotros, así como por las torturas interiores que sufrió su divino cuerpo, es por lo que hemos sido santificados y

(1) Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi. In capite libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam. (*Ibid.*)

(2) Qui in diebus carnis suæ preces supplicationesque, cum clamore valido et lacrymis offerens. (*Philipp.*, v.)

(3) Qui non habet necessitatem, quemadmodum sacerdotes prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi. (*Ibid.*, ii.)

salvados (1). ¡ Ah ! Puesto que Jesucristo no podía humillarse ni sufrir como Dios sino como hombre; en el templo de su carne sagrada fué, pues, donde obtuvimos el perdón de Dios, la reconciliación con Dios, la gracia, la libertad, la filiación divina, el derecho á la herencia, á la gloria de Dios, todo debido al profundo respeto con que este Sacerdote compasivo y todopoderoso suplicó y se ofreció por nosotros, no teniendo necesidad de pedir ni obtener nada para Sí (2).

¡ Oh ! ¡ Cuán justamente Jesucristo ha llamado templo á su cuerpo sagrado ! No, en toda la tierra, en el cielo, en toda la creación, no ha habido nunca, no habrá jamás lugar más santo, templo más augusto y más digno de Dios que el cuerpo sagrado de Nuestro Señor. ¡ Templo venerable, puro, augusto, del cuerpo de mi Salvador, permite que me prosterne ante tí, y que en unión de fe y de amor con el verdadero gran Sacerdote que ejerce las funciones divinas, reconozca, confíese, adore á mí Dios de la manera que debe ser reconocido y adorado ! (3).

Pero este templo augusto, interiormente tan santo y tan puro, llevaba en su forma exterior los signos de la antigüedad, las devastaciones del templo antiguo, del cuerpo de Adán culpable, puesto que esa carne purísima, concebida sin pecado, exenta hasta de la sombra del pecado, se asemejaba por su pasibilidad, por su debilidad, á la carne del hombre pecador (4); era, pues, necesario que este templo, por la semejanza que había tomado con un edificio ruinoso, fuese derribado; era necesario que esta Santa Humanidad, á fin de que no quedasen trazos de la innoble estructura del primer templo del hombre pecador, templo que no era más que un lugar profano donde se insultaba á Dios en vez de honrarlo, fuese destruido por la muerte. Y por esto precisamente Jesucristo, que no podía morir sin querer, ha dejado obrar á los judíos, ha consentido que su divino cuerpo sea crucificado, tragado por la tierra, que el templo fuese destruido y sus materiales desunidos:  
*Solvite templum hoc!*

(1) In qua voluntate sanctificati sumus. (*Philipp.*, x.)

(2) Exauditus est pro sua reverentia. (*Ibid.*, v.)

(3) Adorabo ad templum sanctum tuum et confitebor nomini tuo. (*Psal.* v.)

(4) In similitudinem carnis peccati. (*Rom.*, viii.)



Pero ya que este divino edificio no ha sido destruido sino en lo que tenía de comun en sus formas exteriores con la miserable condicion del edificio humano ; puesto que Jesucristo no ha sido crucificado, no ha muerto ni ha sido enterrado sino en cuanto tenía exteriormente un cuerpo semejante al del hombre antiguo, del hombre pecador, podemos estar seguros que en Jesucristo el edificio antiguo profanado por el hombre ha sido destruido ; podemos estar seguros de que el hombre antiguo, el Adán pecador, ha sido crucificado, abatido, humillado, á fin de que en él fuese destruido ese infame edificio que no daba asilo más que al pecado, en el cual el alma no operaba más que por el pecado, á fin de que no quedase vestigio del pecado y se salvase el pecador (1).

Esto nos conduce á concebir la verdadera razon por qué Dios no permitió que los judíos, á pesar de su ódio y su furor contra Jesucristo, le rompiesen los huesos en la cruz, segun el infernal deseo que habian concebido, ni que la putrefaccion descompusiese sus carnes en el sepulcro. La verdad es que una mano invisible, todopoderosa, contuvo el furor de los judíos y la fuerza de los elementos para que se cumpliesen dos profecías : segun la una, al verdadero Cordero pascual no se le rompería un solo hueso de su cuerpo (2), y segun la otra, el Santo de Dios no debía estar sujeto á la putrefaccion del sepulcro (3). Como los hechos evangélicos no han tenido lugar, porque habian sido predichos, sino que fueron predichos porque debian suceder y la profecía ha sido subordinada á Jesucristo y no Jesucristo á la profecía comprendemos, precisamente por eso, que el santísimo cuerpo de Jesucristo, por más que fuese de la misma naturaleza que el nuestro, no era enteramente de la misma condicion que nosotros. Concebido de la sangre purísima de María por obra del Espíritu Santo, y no habiendo sido formado de la misma manera que los cuerpos de los demas hombres, este cuerpo era un templo, un tabernáculo infinitamente puro, infinitamente santo, la obra maestra de la creacion (4).

(1) Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruat corpus peccati. (*Philipp.*, VI.)

(2) Os non comminuetis ex eo. (*Joan.*, XIX.)

(3) Non dabis sanctum tuum videre corruptionem. (*Ps.* XV.)

(4) Per amplius et perfectius tabernaculum non manu factum. (*Hebr.*, IX.)

No convenia, pues, á la dignidad, á la majestad de ese templo augusto, que ninguna de sus columnas fuese rota, que su divina arquitectura perdiese una sola de sus proporciones, que la mano de los hombres produjera el desorden en un edificio donde todo habia sido puesto en su lugar por la mano de Dios. Hubiera sido deshonorarlo, degradarlo el separar ó romper una sola parte, hubiera podido hacer dudosa su integridad interior y secreta, el destruir su integridad exterior y visible.

Porque el Hijo de Dios, en el exceso de su caridad por el hombre, habia querido dar su vida por salvarlo, y era necesario que su alma bendita, que era como el sacerdote del templo de su cuerpo, fuese separada de Él, y que en este sentido el templo se inutilizase, no consagrándose á ningun culto ni á ningun uso : *Solvite templum hoc!* Pero ese cuerpo sagrado, en la cruz y en el sepulcro, era siempre el tabernáculo de Dios, unido sustancialmente á la Persona del Verbo. Así, salva la separacion violenta del alma y del cuerpo, debía conservar su integridad, no debía, no podia sufrir en ninguno de sus miembros ninguna pérdida real que fuese menester repararla por una especie de nueva creacion ; no podia sufrir ningun cambio en su primera estructura, en su primer dibujo ; por eso al tercer dia, cuando ese templo debió levantarse, no fué menester restaurar nada, renovar ni añadir nada. Debió bastar que el alma purísima del Salvador, de vuelta de los limbos, á donde habia llevado la esperanza y libertado á las almas de los justos de otro tiempo, entrase en su cuerpo. Debió bastar que el Sacerdote volviese á entrar en el ejercicio de sus funciones para que ese templo augusto, sin reparacion exterior, sin socorro exterior, por la sola virtud del Verbo que le estaba unido, se levantase en un instante más majestuoso, más bello que ántes : *Et in tribus diebus excitabo illud.*

¡Redentor y Salvador mio! ¡Oh! ¡El milagro de la restauracion del templo vivo de tu cuerpo te venga sobradamente de todos los tormentos, de todas las penas, de todos los dolores, de todas las ignominias, de todas las afrentas sufridas! ¡Oh! ¡Cuánta gracia te adorna, cuánta belleza te decora, cuánta luz te reviste, cuánta magnificencia te cubre, cuánta gloria te rodea!

¿Pero por qué, Señor, al resucitar conservas las cicatrices de tus llagas? ¿Qué significacion tienen? Verdad es que destellan luz, que encantan por su belleza, que arrebatan de amor. Es